

SAN PEDRO REGALADO, CONFESOR, PATRÓN DE VALLADOLID

Día 13 de mayo

P. Juan Croisset, S.J.

Este héroe del Cristianismo, gloria de la familia franciscana y de, Castilla la Vieja, nació en Valladolid, el año 1390, en la casa hoy números 2 y 4 de la calle de la Platería, entonces de la Costanilla, hijo de Pedro Regalado y María de Costanilla, esclarecidos por su antigua nobleza, y mucho más por su piedad y cristianas virtudes. En seguida fue bautizado en la iglesia parroquial del Salvador de dicha ciudad, recibiendo el nombre de Pedro. Siendo todavía Pedro tan niño, que apenas conocía á su padre, le faltó éste, llevándosele Dios á darle el premio debido á su gran misericordia y largas limosnas con que la ejercitaba.

Quedó en poder de su madre viuda, la cual le educó santamente, instruyéndole y acostumbRANDOLE á los ejercicios de piedad que ella misma ejercitaba. No contaba aún ocho años Pedro, y ya se le veía macerar su inocente cuerpo con ayunos, áspero cilicio y penitencias. Su madre se interponía; pero, al mismo tiempo, como buena cristiana le llevaba consigo á la iglesia del convento de San Francisco, que estaba en la Playa Mayor, cuando iba á Misa ó á confesarse; y como el ejemplo de los padres es el aliciente más poderoso para formar el corazón de los niños, y aficionarlos á los ejercicios de virtud, se arraigó ésta tan profundamente en aquella inocente alma, que, al paso que iba creciendo, iban admirándose en Pedro fecundas semillas, que con el tiempo habían de producir copiosos y

sazonados frutos. Aunque tenía una hermana, mayor que él, llamada Isabel, casó después en Castromocho con el bachiller Orejón, no obstante la inclinación preferente de las madres á las hijas, sucedió en Doña, María Costanilla lo contrario. Así es que se consagró enteramente á formar el candido é inocente corazón de su hijo. Y éste correspondía á los deseos maternos, asistiendo con gusto á los templos, y á ejemplo de su madre, y dirigido por su confesor, se alimentaba frecuentemente con el Pan de los ángeles, que recibía con sumo consuelo de su alma. Entretanto, no se descuidó su madre de hacerle aprender con un buen maestro las primeras letras, y cuanto convenia saber á un joven de su noble estirpe. Pero Dios tenía sobre Pedro más altas miras, y, con la frecuencia en ir al convento de San Francisco con su madre, fue poco á poco inspirando en su corazón la vocación y santos deseos de alistarse entre los hijos de tan grande Patriarca.

En efecto, á los trece años y medio, sin haber perdido la gracia bautismal, no obstante la corrupción de costumbres que había también en el siglo xv, se sintió movido de una mano invisible y poderosa que le estimulaba á abrazar el instituto religioso. En aquella tierna edad había ya llegado á conocer la vanidad del mundo, lo pasajero de sus bienes, lo despreciable de sus honras, y cuan indigno era todo lo que más aprecian los hombres de que un verdadero cristiano le sacrifique sus esperanzas. Con tan sólidas persuasiones juntó un examen maduro de sus inclinaciones, de sus resabios, de sus fuerzas, y de cuanto le podía dar algunas luces con que distinguir la vocación verdadera de la falsa. Ejercitóse muchos días en fervorosa oración, pidiendo á Dios fuese servido declararle el camino por donde quería ser hallado; la oración se fortalecía con los ayunos y penitencias; y uno y otro se hizo completamente eficaz con la sencillez de su recto corazón, que manifestaba con abundantes lágrimas los deseos que le animaban de

sacrificar á Dios su alma, su voluntad, sus riquezas, sus esperanzas y toda su persona con todas sus circunstancias. Certificado por su Padre espiritual de que aquella vocación era del Cielo, comunicó á su madre la determinación que tenía de hacerse religioso. Hizo por sí misma las diligencias necesarias para privarse de un hijo tan amado, y además de ofrecer al santuario una víctima tan perfecta y tan preciosa, tuvo el mérito de ofrecerla con resignación, con conformidad, con gusto, con alegría, con complacencia.

Tomó el Santo joven el hábito de franciscano claustral en el mismo convento que tanto había frecuentado en compañía de su madre, con sumo regocijo de los religiosos, que á pocos días de noviciado conocieron el tesoro de virtudes que Dios les había enviado en Pedro, y que más tenían ellos que aprender del novicio que éste de las instrucciones de su maestro. Luego que se vio agregado á los hijos de Francisco, levantó sus ojos á este grande Patriarca, y le tomó por dechado para ajustar sus acciones. Mortificación de todos los sentidos, abstracción del mundo, silencio, retiro, contemplación, humildad, y una subordinación perfecta á la voluntad de su superior, fueron las principales virtudes que resplandecían en sus obras. Esta constancia en la virtud certificó á los religiosos de su aptitud para un estado tan perfecto; y así, cumplido el tiempo establecido para su probación, no dudaron en darle la profesión, la cual hizo Pedro á los catorce años de su edad, según permitían los cánones en aquel tiempo. Apenas se vio profeso, consideró que debía ir de día en día aprovechando en la virtud. Redobló su fervor, sus ayunos, sus oraciones y penitencias; y, entregado enteramente á la vida espiritual, hizo progresos tan asombrosos, que los más provecos tenían en él mucho que aprender, y muchísimo que admirar. Era el primero á cualquier ejercicio penoso, sin que jamás pudiese su

caridad hallar disculpa para dispensarse de la menor molestia, con tal que de ella resultase el obedecer á sus superiores ó el consuelo de sus hermanos. Particularmente se deleitaba en asistir á los enfermos, nunca se retraía de su asistencia; antes bien, allí asistía con más frecuencia y gusto en donde conocía que había de estar más mortificado. Pero como el instituto riguroso del santo patriarca había padecido alguna relajación, inseparable de la flaqueza y miseria humana, no hallaba todo el fomento que deseaba la severidad de su espíritu para imitar á San Francisco en la parte de penitente y riguroso. Vivía por esta causa algún tanto desconsolado, deseando proporciones de entablar una vida más austera, y temeroso de hacerse singular en la regular observancia que entre los claustrales florecía.

Oyó Dios los secretos suspiros de su corazón, y le dio lo que apetecía, por los medios que ya de antemano tenía su providencia preparados. Ya había veinte años que Fr. Pedro de Villacreces, que, según el escritor Fr. Antonio Daza, era también vallisoletano, varón de sobresaliente virtud y de eminente sabiduría, había emprendido en sí mismo la reforma del instituto franciscano. Deseoso de reducir á la práctica la verdadera pobreza que estableció su santo Patriarca, y de dar fuerza y vigor á sus santos preceptos, se había retirado á un lugar escabroso y desierto en el término de Covarrubias, provincia de Soria, á hacer vida pobre, penitente y solitaria, y pedir á Dios le diese fuerzas y auxilios para entablar la reforma que pretendía. Veinte años gastó en oraciones, mortificación y lágrimas, apartado enteramente del comercio de los hombres, y encerrado en una horrorosa y estrecha gruta, que parecía más bien un sepulcro. Al cabo de este tiempo se presentó al mundo en traje tan pobre y con semblante tan penitente y austero, que apenas tenía de hombre vivo más que una débil apariencia, pareciendo más bien un

esqueleto que un viviente: tan macerado estaba de las penitencias, y tan consumido de los ayunos. Dirigió á su general sus súplicas para que le permitiese poner en ejecución el proyecto de reforma; y con su licencia la comenzó en el eremitorio de Nuestra Señora de la Salceda, en el término de la Alcarria; pero, bien fuese porque los Padres claustrales de Toledo reclamasen aquel sitio como suyo, ó por otra causa, Villacreces le dejó, y tuvo que buscar en otra parte sitio oportuno á sus intentos.

Ya le había indicado Dios, por modo extraordinario, un sitio cerca de Aguilera, en el obispado de Burgo de Osma, junto á Aranda de Duero, y á dos leguas de Osma, donde estaba la ermita de Nuestra Señora de los Ángeles. El Padre Villacreces, de quien se dice que era pariente el obispo, pidió á éste la cesión de aquel territorio, en cuya iglesia ya decía Misa. Enterado el obispo de la reforma que proyectaba, accedió gustoso á la petición, ofreciendo además protegerle en su gran empresa de reformar la Orden; reforma que por modo general decretó el Concilio de Trento un siglo después.

Entre tanto que de esto se trataba, vivía Fr. Pedro en Valladolid, empleado en fervorosos ejercicios, pero anhelando siempre por vida más semejante á la de su penitente Patriarca. A esta sazón se presentó en aquella ciudad el Padre Villacreces, cuya vista llenó de terror y de edificación á cuantos le vieron. Iba vestido de un sayal sumamente tosco, descalzo de pie y pierna, consumido de penitencias, y predicando con su mismo ejemplo la reforma que deseaba establecer. Había entre los mismos claustrales muchos religiosos que llevaban á mal la relajación que se había introducido, y no apetecían más que una ocasión favorable para declararse á favor de la reforma. Pero, entre todos ellos, uno solo hubo que se atreviese á seguir al Padre Villacreces en su plan de

reforma, y fue el jovencito Regalado, á la sazón corista recién profeso. Más tarde se les agregó el P. Pedro Santoyo. El Padre reformador, viendo la excelente índole de aquel joven, le admitió con mucho gusto, como un don que el Cielo le ofrecía para cimentar sobre sólidas virtudes el edificio de su reforma. Regalado, por su parte, quedó también consolado, considerando á Villacreces como á un ángel que Dios le había enviado para satisfacción de su espíritu y santificación de su alma. Habiendo llegado al eremitorio, se desnudó del hábito claustral y se vistió el saco de la nueva reforma, profesando en maños de su bendito maestro todo el rigor de la observancia, según la regla primitiva de San Francisco.

Los dos religiosos dieron principio á su santa y sublime empresa en dicha ermita de la Aguilera, fundando su primer eremitorio, que después se llamó *Domus Dei*, en 1405. En él vivían estos siervos de Dios, conforme al espíritu de su instituto; su estudio era morir al mundo y vivir en la Tierra vida de ángeles. El ayuno riguroso y la oración eran sus armas predilectas; su alimento ordinario era el pan que les daban de limosna en los pueblos vecinos. Pronto se divulgó esta nueva luz por el reino, y se les agregaron hasta doce religiosos de grande espíritu, entre los cuales se cuentan los venerables Pedro Santoyo, que logró felizmente introducir la reforma en el convento de Valladolid, y Lope de Salazar y Salinas, fundador de la Custodia de Santa María de los Menores, en la provincia de Burgos. En la distribución de oficios de la nueva comunidad quedó á cargo de Fray Pedro Regalado la sacristía, la enfermería, el refectorio y la portería, sin dejar los estudios; después de algunos años dispuso el Padre Villacreces que saliese por los pueblos á pedir limosna.

Luego que Regalado estudió las ciencias

eclesiásticas ordenadas á su salvación y á la de los prójimos, por obediencia fue promovido al sacerdocio. Inspiraba devoción con sólo verle celebrar Misa con abundantes lágrimas. Se dedicó en seguida al ministerio de la predicación, y, nombrado maestro de novicios, cuando no contaba más que veinticinco años, vino á ser para sus discípulos como la regla viva y el modelo del religioso perfecto, por el ejemplo edificante de todas las virtudes cristianas.

Once años permaneció en la Aguilera, en los diversos oficios que hemos indicado, y en todos era Pedro humilde, vergonzoso y modesto; de los lugares no visitaba sino los templos. No pasaba del umbral de ninguna casa sino obligado por la necesidad ó por caridad. Su pobreza era suma. A los enfermos consolaba y trataba con entrañas de madre. Procuraba con grande esmero el culto de Dios, pareciéndole corto el día para limpiar la iglesia y para adornar y asear los altares, y para lavar y ordenar las ropas y demás ornamentos que sirven para el Santo Sacrificio. La oración era continua, los ayunos sin interrupción, las penitencias ásperas y multiplicadas. A imitación de su santo Patriarca, dividió el año en nueve Cuaresmas, en las que su comida ordinaria eran dos onzas del peor pan de la limosna ó de los mendrugos sobrantes de la comunidad. Si alguna vez comía hierbas, las tomaba crudas ó con ajenos. De colación en las grandes festividades tomaba dos bocados de pan seco. Vino no lo probó sino rara vez por necesidad; del agua bebía tan poco, que siempre dejaba la sed no satisfecha. Dormía sólo dos horas, sobre la tierra fría ó sobre una tarima ó tabla; muchas dormía de rodillas, arrimada la cabeza á una pared. En cuanto á disciplinas, hasta los religiosos muy penitentes se compadecían de ver á este siervo de Dios, que conservaba la inocencia bautismal, azotarse tan fuertemente, que despedazaba su cuerpo, para tener siempre sumisa la carne al espíritu. Cosa igual

sólo se cuenta de San Pedro Alcántara. Era tal el amor que tenía á la castidad, que, por temor de afearla lo más mínimo, nunca abrió la puerta á mujeres sino en caso muy necesario. Para sí mismo era Regalado la cosa peor y más inútil y despreciable del mundo, y así se ocupaba en las cosas más humildes, y esto aun cuando fue prelado. Cosía y remendaba la ropa; dos horas cavaba en la huerta; en la cocina fregaba platos y traía leña; tocaba la campana á las horas de coro, y especialmente á media noche, en que despertaba á la comunidad á los Maitines. En pobreza, nunca vistió sayal nuevo, ni usaba la túnica interior de paño que permite la Regla contra el frío. Siempre anduvo descalzo de pie y pierna, hasta la vejez, en que se le obligó á llevar sandalias. Los muebles de su celda eran la tarima donde dormía, una mesa pequeña de pino, un escaño para sentarse, y una cruz de palo toscamente labrada. Del dinero huía como de la peste; ni aun con la mano quiso tocarlo jamás. Desterró de los claustros las palabras *tuyo* y *mío*, que tan opuestas son á la santa pobreza. Juntamente ardía su pecho en amor á Dios y en caridad por la salvación de los prójimos. Mostraba, tal alegría en la conversión de los pecadores, y era tal la celestial dulzura que sentía su alma al consagrar el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo y al recibir tan divino manjar, que era manifiesto que, aunque Fr. Pedro vivía en carne mortal, estaba, por su fervor, transformado en ciudadano del Cielo. Así se regocijaba en el ejercicio de todas las virtudes y se creía seguro del celestial reposo, porque hasta entonces había andado siempre en brazos de la obediencia.

Inflamado del vehemente deseo de propagar la reforma por Castilla, en 1415 pasó el P. Regalado con el P. Villacreces á fundar otro eremitorio en un terreno á legua y media de Valladolid, en la margen derecha del río Duero, que, por las muchas plantas espinosas, se llamaba y se llama el *Abrojo*. A este fin les cedió una espaciosa

huerta D. Alvaro Díaz de Villacreces, pariente del P. Villacreces. En este desierto fundaron el eremitorio de Santa María del Abrojo, al que posteriormente se le llamó *Scala Coeli*. En un principio se carecía de todo en el Abrojo, y pobre y mezquino tuvo que ser el edificio material que levantaron entre aquellas malezas, dando á conocer de este modo al viajero y á todos la vida austera y penitente de sus virtuosos moradores. Debido al celo y laboriosidad de sus dos fundadores, se vio poblado en breve este eremitorio de buenos religiosos, que acudían á él con firme y decidida vocación, como enviados por el Cielo (Estos eran religiosos *claustrales*. Con motivo de la Reforma, los frailes se dividieron en dos bandos: el de *observantes*, que seguían la Reforma, y el de *claustrales*, que seguían la Regla de San Francisco también, pero adulterada y viciada.) El P. Regalado se ejercitó también en el Abrojo en los ministerios de la predicación y de oír confesiones en provecho de los pobres aldeanos de aquellas inmediaciones, y desempeñó también el cargo de maestro de novicios, como en la Aguilera.

En medio de tan santos ministerios fue tan humilde, que con gusto se prestaba á suplir y servir en las enfermedades al pobrecito lego encargado de la portería, aprovechándose santamente de este oficio el ya venerable sacerdote Fr. Pedro Regalado para dar abundantes limosnas á los más necesitados que acudían á las puertas del convento. Entre los muchos pobres se señalaba por su desolación y su miseria una pobre viuda, vecina de la villa de Laguna, desamparada de todo auxilio humano, y con la carga de tres hijos pequeñuelos, que aumentaban su dolor y su miseria. Un día vino esta pobre á pedir limosna á la hora de comer; advirtieron todos los religiosos que estaban en el refectorio que Regalado tomó con grande precipitación muchos pedazos de pan y de carne y, echándolos en la falda del hábito, iba á salir hacia la portería. Entonces el superior

le mandó detener delante de todos, y le dijo: *Gran prisa lleváis, Fray Pedro: ¿qué es eso que tenéis en la falda?* Turbóse el Santo algún poco, conociendo el principio de donde nacía la pregunta; pero, vuelto en sí, respondió: *Padre, llevo rosas para darlas á una pobrecita que tiene de ellas necesidad.—Mostradlas al punto,* replicó el guardián. Entonces el bendito religioso, lleno de un santo pudor, abrió la falda, y vieron todos con admiración convertidos en rosas los pedazos de carne y pan que ellos mismos habían visto antes con sus ojos. Admiraron la bondad de Dios, que tan maravilloso se manifiesta en sus siervos; le dieron infinitas gracias por un hecho tan milagroso, y, vuelto á él el superior, le dijo: *Id, Padre, en el nombre del Señor, y dad esas rosas á la pobre que las necesita; y no solamente eso, sino dad cuanto fuese vuestra voluntad, que para eso nos lo concede liberalmente la divina Beneficencia.*

Estando un día con otro compañero en el monte de la orilla opuesta del Duero, llegada la hora del refectorio, tocaron la campana ; al oírlos los dos padres, dejaron el trabajo, dirigiéndose á la orilla del río; y como vieran que la barca estaba al otro lado; como, á pesar de dar voces, nadie acudió, inquieto el P. Regalado, se volvió al compañero y le dijo: *Hermano, pues que no hay otro remedio para pasar á la otra parte y llegar á tiempo para cumplir con la obediencia, tenga buen ánimo y pasemos juntos sobre este nuestro manto, que las hermanas aguas nos traspasarán seguramente.* Sin más, el P. Regalado, lleno de fe y puesta toda su confianza en el Señor, hizo la señal de la cruz, y pasó milagrosamente sobre su manto á la opuesta orilla. Apenas llegó á tierra, dio gracias á Dios, y, tomando la barca, condujo á su tímido compañero, que no había querido pasar sobre el manto.

La Divina Providencia se deja ver de un modo tan

patente en la intervención del P. Villacreces en la vida y dirección de San Pedro Regalado, que verdaderamente es para bendecir á Dios, que de tal manera atiende á las almas que con fe y con esperanza, como este Santo, le invocan y le buscan. En efecto, el P. Villacreces se presenta como enviado del Cielo en el convento de San Francisco de Valladolid, para sacar de allí al joven Regalado, y llevarle al retiro de la Aguilera, y después al Abrojo, y le acompaña constantemente hasta dejarle formado ya varón perfecto, de sólida instrucción, de probada virtud y de prudente consejo. Y cuando todas estas dotes adornaban á San Pedro, á la edad de veintiséis años, Dios Nuestro Señor dispone que el Padre Villacreces vaya á la ciudad de Constanza, donde se estaba celebrando un Concilio, en que los Padres trataban de cortar un doble cisma: el funesto cisma que afligía á la Iglesia con motivo de la elección de Papa, y el otro cisma que afligía á la Orden Franciscana con motivo de la elección del Revérendísimo P. General de los frailes menores.

Con objeto de ayudar al Concilio en sus trabajos, y con el fin de obtener la aprobación canónica ó pontificia para las nuevas fundaciones de la Aguilera y del Abrojo, salió de España el P. Villacreces. En su lugar, y como vicario ó delegado suyo, dejó al frente de los dos eremitorios á Fr. Pedro Regalado. En este nuevo cargo, nuestro Santo (á la repetida edad de veintiséis años) fue ya un modelo, no sólo de vida penitente y retirada, sino también de discreción, de prudencia y de caridad, durante los seis años que estuvo ausente el P. Villacreces. Y en prueba de lo muy grata que fue al Cielo esta elección, el mismo Dios le ayuda y acredita con milagros para que el joven vicario pueda gobernar y atender á la vez á las dos comunidades.

Al salir del templo de la villa de Matapozuelos, en

donde había predicado, vio en la puerta una mujer con un niño recién nacido en los brazos, á quien acababan de bautizar; y contemplando la pureza de aquella criatura, dijo con la mayor candidez: *Ángel de Dios, ¡cuan envidiable es la pureza de tu alma!* A lo que, con grande sorpresa y asombro del numeroso gentío que le rodeaba, le contestó el recién nacido, clara y distintamente: *Más pura y más llena de la gracia de Dios está la tuya.* Este suceso produjo sensación profunda, imposible de explicar; se prosternó el pueblo ante el P. Regalado; pero éste, después de bendecir al pueblo, sonrojado por las aclamaciones del milagro, encaminó sus pasos al Abrojo, distante tres leguas de aquella villa.

Con la oración continua llegó á tan alto grado de contemplación, que en ella era alimentado su espíritu con extraños regalos del Cielo; pues eran frecuentes y prolongados los raptos ó éxtasis, y eran tan vehementes, que le vieron muchas veces levantado en el aire, siguiendo lo terreno de su cuerpo la misma dirección que llevaba su espíritu. A estos éxtasis acompañaba una circunstancia maravillosa, que, al mismo tiempo que manifestaba la elevación de su alma, servía de edificación, de ejemplo y de una santa admiración de las maravillas que Dios obraba con sus siervos. Rodeábale un resplandor tan claro y luciente que, aunque fuera de noche, parecía que era de día; y los que estaban lejos llegaron á juzgar alguna vez que ardía el convento de Abrojos, y fueron atropelladamente cargados de agua é instrumentos para apagar el incendio que habían imaginado. La aparición de estas celestiales luces dio origen al significativo nombre de *Scala Coeli*, que, como antes hemos dicho, se dio á este eremitorio.

Para que no se introdujera la más leve relajación en los sabios preceptos en que á todos había educado el P. Villacreces, y para confirmarlos más y más el P.

Regalado, en los primeros días de su prelación propuso á los religiosos de los dos eremitorios ocho *cautelos ó precauciones* para preservarse de los vicios, á saber: 1.^a, no dar oídos jamás á los antojos de la gula; 2.^a, huir absolutamente del trato y familiaridad con toda mujer; 3.^a, la santa oración mental nunca interrumpida; 4.^a, ninguno se gobierne por su propio juicio y voluntad en materia alguna; 5.^a, arrojar de la dignidad á cualquier prelado que preconozcan carnal, hipócrita ó soberbiamente docto; 6.^a, no dispensar fácilmente con los confesores, predicadores y lectores para que ejerciten sus ministerios con menoscabo de la asistencia á los actos de comunidad; 7.^a, no poner en la altura del sacerdocio á cualquiera que directa ó indirectamente lo procurase con solicitud; y 8.^a, no dispensar sino con urgentísima y patente causa, no sólo en los preceptos substanciales de la Regla, sino que ni en la más mínima ceremonia ó costumbre santa de la Reforma. Con tan sabias precauciones dirigía el P. Regalado las dos comunidades; pero la distancia de catorce leguas que separaba una de otra le tenía inquieto, porque deseaba estar en los dos eremitorios al mismo tiempo, para alentar á sus hermanos con el ejemplo á perseverar en la oración y penitencia. Según los estatutos de ambas casas, el viernes de cada semana se celebraba capítulo, en el que hacían pública manifestación de sus culpas. En uno de estos viernes, acabado de celebrarse el de la Aguilera, que presidió el P. Regalado, deseó asistir también al del Abrojo, que iba á celebrarse á las ocho de la mañana. Eran las siete, y estaba en la Aguilera; lleno de fe tomó el sombrero y el báculo, y se encaminó á pie al Abrojo. *Una hora más tarde*, esto es, eran las ocho de la mañana en el Abrojo, y se presentó el siervo de Dios y presidió también el capítulo, habiendo hecho milagrosamente, en una sola hora y á pie, un viaje de catorce leguas.

Terminado el cisma de Occidente y el Concilio de Constanza, en 1417, con la elección del papa Martino V, y habiendo obtenido el P. Villacreces la aprobación pontificia de los nuevos conventos reformados y del hábito pobre de la observancia de la primera Regla de San Francisco, y logrado que los descalzos estuviesen exentos de la obediencia á los prelados calzados, y pudiesen elegir para sí un vicario provincial descalzo, regresó á España con su compañero el P. Salinas, y, después de recorrer los principales conventos de Castilla, fue á Peñafiel, con el P. Regalado, al Capítulo provincial, y allí, apenas iniciado él Capítulo, cargado de años y de méritos, murió santamente el P. Villacreces, en brazos de su discípulo el P. Regalado, el 10 de Octubre de 1422.

Con este motivo se reunieron las dos comunidades, la del Abrojo y la de la Aguilera, en este último convento, y eligieron para vicario provincial al P. Regalado, que ejerció tan importante cargo hasta su muerte. Entonces fue cuando ordenó y escribió las nuevas Constituciones de los frailes menores observantes, agregando á ellas un tratado de *Ejercicios contemplativos y ocupaciones activas de los religiosos profesos de los dos eremitorios*. El tesón con que llevó adelante la actividad de su reforma le acarreó serios disgustos y persecuciones, de palabra y por obra; pero el bendito Regalado, devolviendo bien por mal, calmó la tormenta, y concedió Dios tal fecundidad á su empresa que logró ver en vida conventos, no sólo en la Aguilera, el Abrojo, en la Salceda y en San Antonio del Monte de la Fresneda, sino que también en Benavente, Zamora, Salamanca, Santiago de Galicia, la Coruña y en otros puntos, gobernados todos por un comisario hasta el 1447, en que hubo necesidad de dividirlos en provincias. Finalmente, Fr. Pedro Regalado, en premio de su celo y de su constancia, recibió del P. Provincial y del Rdo. P. General de la Orden en 1455 las dos patentes que le aseguraban á él y á sus sucesores la independencia en el

gobierno de las dos comunidades con el nombre de Comisario general. De suerte que bien puede decirse que, si el P. Villacreces fue como la primera piedra del edificio de la reforma franciscana en el suelo de Castilla y en toda España, San Pedro Regalado fue la primera y más robusta columna de esta santa reforma. Igualmente es digno de observarse, para gloria de España, y de Valladolid en especial, que un siglo antes que Lutero y los demás protestantes del siglo xvi, que tanto alardearon de reforma, se había iniciado la verdadera reforma de los institutos religiosos en Italia, España, Francia y Portugal.

En este largo período de su vida fue consultado por los grandes de Castilla, que en sus dudas y en sus ruidosas discordias, en el reinado de D. Juan II, acudían al Abrojo. Allí también acudió el Rey; y tan prendado quedó de la virtud de las frailes, y sobre todo tan agradecido á San Pedro Regalado, que, á petición de este rey y de su esposa Doña María, hija del rey de Aragón, el papa Eugenio IV, por su Bula *Ex Apostolicae* de 1434, confirmó los privilegios que su antecesor, Martino V, había concedido al P. Villacreces. Tan profundamente estaba grabado en el corazón de D. Juan II el recuerdo del Abrojo y de San Pedro Regalado, que, próximo ya á expirar, decía á su médico de cámara: *Bachiller: naciera yo hijo de un mecánico é hubiera sido fraile del Abrojo, é non Rey de Castilla.*

Se distinguió también el P. Regalado por su amor y devoción á la Santísima Virgen, de cuya Inmaculada Concepción fue uno de los más acérrimos defensores. La Virgen se dignó corresponderle en diferentes ocasiones con gracias singulares, siendo una de ellas la que le concedió, estando en el Abrojo, el día 25 de Marzo, en que se celebraba el misterio de la Anunciación. Estaba el siervo Dios, en la noche de este día, cantando Maitines en el coro en medio de la comunidad, cuando sintió un

deseo vehemente de venerar una imagen preciosísima de este misterio, pintada en lienzo, y que se hallaba colocada en el altar mayor de la Aguilera; é inclinándose hacia el religioso que estaba á su lado en el coro, le dijo: *Hermano, se me ofrece una breve ausencia; si, entre tanto, los Hermanos advirtiesen mi falta, decidles que pronto volveré.* Apenas había acabado de pronunciar estas palabras desapareció, é instantánea y milagrosamente fue trasladado, por medio de ángeles, al coro de la Aguilera, en donde á la sazón se ocupaban los religiosos en cantar Maitines. Su aparición en este convento llenó á todos de sorpresa; el Santo los tranquilizó; y, concluidos los Maitines, luego que veneró con entusiasmo la sagrada imagen de María, motivo de su viaje milagroso, desapareció del coro, y, por medio de ángeles, fue trasladado de nuevo al Abrojo, en donde apenas se había advertido su ausencia (Este suceso ha servido á los artistas para reproducir la imagen de San Pedro Regalado en actitud de ser trasladado por los ángeles de uno á otro convento, que es la imagen más generalizada de nuestro Santo).

No es posible relatar, ni extractar siquiera, los muchos y grandes milagros obrados por mediación del humilde Fr. Pedro Regalado, ni las pruebas del don de profecía con que el Cielo le adornó, en premio de su santa vida. Lleno ya de virtudes y de méritos, macerado su cuerpo con indecibles penitencias, enriquecido su espíritu con los dones del Espíritu Santo, habiendo gobernado con admirable rectitud y prudencia, y llevado hasta un estado de robustez y firmeza la reforma comenzada, quiso Dios llevarle á gozar el premio debido á trabajos tan útiles y gloriosos. Su santa muerte fue digno remate de su preciosa vida. En 1456, al principio de la Cuaresma, cayó en una enfermedad peligrosa, y, conociendo por revelación divina que estaba ya próxima

su muerte, se despidió de los frailes del Abrojo y se fue á la Aguilera en compañía de Fr. Alonso de Espina, renunciando su cargo de prelado y nombrando en su lugar á Fr. Juan de Castro, para consagrarse el tiempo que le restaba á prepararse más y más para aquella hora. Dobló las penitencias, si es que cabía aumento en la severidad con que había tratado su cuerpo: predicaba con más fervor á los religiosos. En la Semana Santa se le avivó el dolor de estómago, y, deseoso el médico de encontrar una vianda de su agrado, hizo que le llevasen una codorniz, y el siervo de Dios tomó esta ave viva, y, acariciándola, dijo: *Preciosa avecita: Dios te ha librado de las uñas crueles de tu enemigo, ¿y será razón que mueras ahora en las mías? De ninguna manera; anda y alaba á Aquel que té crió;* y, diciendo esto, la echó á volar. Entre tanto, la enfermedad se agravó, hasta el punto de recibir los Santos Sacramentos de confesión y Viático; y de mano del obispo de Palencia, Don Pedro de Castilla, sobrino del Rey D. Pedro, recibió el de la Extremaunción; y, sin acordarse de pedir á Dios para sí la salud, desde su lecho mortuario la alcanzó para un sobrino del citado obispo, librándole de una muerte segura. Se despidió de sus hijos, que, anegados en fervor y lágrimas, rezaban las oraciones de la Iglesia; y elevando los ojos y las manos al Cielo, diciendo: En tus manos, Señor, encomiendo tu espíritu, le entregó en manos de su Criador, con suma tranquilidad, el día 30 de Marzo de 1456, á los sesenta y seis años de edad y cincuenta y dos de vida religiosa. Su cuerpo, que permaneció incorrupto y sin enterrar siete días, fue sepultado en el sitio común de los demás religiosos. Y desde el sepulcro continuó el siervo de Dios protegiendo á los pobres y desconsolados: llegó un día un pobre á pedir limosna al portero del convento; y como éste le dijera que no tenía qué darle, se fue al sepulcro de San Pedro y oró así: *¡Oh santo varón! Si tú vivieras hoy día, no saldría yo de aquí desconsolado y sin limosna para*

morirme de hambre. Al decir esto se abrió el sepulcro, y, alargando el Santo la mano, dio un pan á aquel pobre, que fue por todas partes pregonando la maravilla. Treinta y seis años permaneció el cuerpo de San Pedro en el lugar humilde en que se enterró, hasta el año 1492, día 15 de Mayo, en que se trasladó á un magnífico sepulcro de alabastro, construido por orden de la reina Isabel la Católica, en la capilla mayor, al lado del Evangelio de la iglesia de la Aguilera, concurriendo la misma Reina, muchos obispos y nobles con el clero y religiosos de los lugares próximos. Admirada la Reina de lo flexible é incorrupto del cadáver, mandó cortasen una mano, para mandársela por reliquia á su esposo Fernando. Al ejecutarse así, salió la sangre tan fresca y encarnada como si estuviera vivo, recogiénola en lienzos, que se conservan en el convento de la Aguilera, entre las reliquias más preciosas. Más tarde, en 1684, fue llevado un dedo á Valladolid, que se conserva en la iglesia catedral. Otro dedo se venera en el convento del Abrojo. Con estos portentos creció la fama de la santidad de Pedro Regalado, que han ido á visitar al Santo é implorar su favor en los sucesos calamitosos muchos reyes, príncipes, arzobispos y nuncios apostólicos. Carlos V le visitó muchas veces y decía *que una legua antes de llegar al convento de la Aguilera debían todos de quitarse las gorras, por respeto al Santo Regalado.* Por último, la Sagrada Congregación de Ritos expidió en 16 de Noviembre de 1630, siendo papa Urbano VIII, el decreto declarando las virtudes del Santo en grado heroico; el 17 de Agosto de 1683 fue beatificado por el papa Beato Inocencio XI, y en Junio de 1746 fue canonizado por Benedicto XIV, fijándose su fiesta para el 13 de Mayo.

La Misa es en honor de San Pedro Regalado, y la oración la siguiente:

i Oh Dios, que te dignaste llevar á gozar de las delicias de tu gloria á tu amado siervo Pedro, después de las mortificaciones que en su cuerpo había sufrido! Concédenos, misericordioso Señor, que por sus méritos ó intercesión podamos llegar á las eternas delicias que nos tenéis preparadas para siempre á vuestra diestra, Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 81 del libro de la Sabiduría, y la misma del día 12.

REFLEXIONES

Bienaventurado él varón, dice el Espíritu Santo, que fue encontrado sin mancha. ¡Qué diverso lenguaje el que usa Dios, y el que emplea el mundo, cuando se trata de definir la verdadera felicidad de los hombres! Dios llama dichas á todo aquello que por lo común es mirado del mundo con tedio, con temor, con aborrecimiento. El padecer persecuciones, el estar consumidos y abismados por la pobreza, el alimentarse del pan de la tribulación y de las lágrimas; en una palabra, el ser objeto de la contradicción del mundo y de su desprecio, es felicidad y bienaventuranza, según el espíritu de Dios. Así clama de continuo en las Sagradas Escrituras: Bienaventurados los pobres; bienaventurados los que lloran; bienaventurados los que son perseguidos; y bienaventurados los que fueron hallados sin mancha. Por el contrario, el mundo no encuentra felicidad sino en las riquezas, en los deleites, en los pasatiempos, y en un tenor de vida libre de toda mortificación y miseria. Llama felices á los príncipes poderosos, á los astutos ministros, á los grandes apoltronados, á las mujeres de su partido, que nadan en un mar de delicias, y á todos aquellos que sirven sin reserva á la ambición, á la avaricia ó á la torpeza. Bienaventurados, dice, los ricos que con un metal encantador se proporcionan la satisfacción de todos sus

deseos; bienaventurados los que ríen en el festín, en el pasatiempo, celebrando con burlas y chanzonetas el contratiempo de su enemigo, el trabajo sobrevenido á su rival, y las miserias de todos; bienaventurados, en fin, aquellos que jamás vieron el ceñudo rostro á la tribulación, ni corrieron sus lágrimas por otro motivo que por un exceso de alegría; siempre contentos, siempre abastecidos, siempre servidos y celebrados de todos.

Pero ¿quién tendrá razón? ¿Quién calificará las cosas según son en sí mismas, sin trocar las ideas, ni hacer una confusa mezcla de la mentira y la verdad? ¿Quién será el que nos dé una instrucción sólida sobre nuestra verdadera felicidad: Dios ó el mundo? Si fueran nuestras pasiones las que hubiesen de dar respuesta á estas preguntas, desde luego se declararían á favor de este último. Pero, si se consulta la razón y la experiencia, se hallará que Dios, que es verdad por esencia, y que nos amó hasta el punto de dar á su Hijo Unigénito por nuestra redención, es el único que nos dice la verdad, y el que nos señala el camino verdadero de conseguir la bienaventuranza.

Luego no hay bienaventuranza sino en Dios y en el cumplimiento de sus preceptos; luego es verdad lo que dice el Espíritu Santo: *Bienaventurado el varón que fue encontrado sin mancha*; porque, desprendido en este mundo de todos los objetos de sus pasiones, en nada más piensa que en dirigir sus pasos á la Patria Celestial. El oro lo desprecia cómo inútil; las dignidades las tiene por lazos para su alma; los deleites los mira como suciedades y bajezas; y todo cuanto da de sí el mundo, como dádivas de un traidor alevoso, que procura con ellas su engaño y su muerte. Bienaventurado aquel que llegue á establecer en su corazón estas verdades, y á arreglar por ellas sus operaciones, para lograr la verdadera felicidad.

El Evangelio es del cap. 12 de San Lucas, y el mismo que el día 13.

MEDITACIÓN

Sobre las alegrías y complacencias de esta vida.

PUNTO PRIMERO.—Considera que, según el dictamen del glorioso Santo Tomás, las diversiones y alegrías de este mundo son para el cristiano lo mismo que para un enfermo las medicinas. Dios, dice el mismo Santo, conociendo bien á fondo la debilidad de nuestra naturaleza, no nos prohíbe absolutamente que restauremos las fuerzas disipadas con alguna honesta recreación; pero se necesita estar muy alerta para que no nos precipiten nuestras pasiones, y á este efecto compara el Santo las recreaciones con las medicinas.

Tres condiciones debe tener una medicina para conseguir el efecto deseado: debe no ser nociva, no ser peligrosa, ni demasiadamente continua. De la misma manera, la diversión debe carecer de todo pecado; porque si no se puede tener sin cometer ofensas contra Dios, ya es contraria al fin para que se elige, que es la moderada recreación del ánimo. Considera, pues, cómo podrán ser lícitas aquellas conversaciones en que se desenfrena la libertad para murmurar de tu prójimo, ridiculizar sus acciones y censurar su conducta. ¿Cómo puedes dar el nombre de diversión á la lectura de ciertos libros impíos ó escandalosos, que debilitan la fe, aminoran el respeto y reverencia que se debe á las cosas sagradas y divinas, y llenan el corazón de una obscena ponzoña, que envenena la honestidad y las costumbres? ¿Cómo te será lícito divertirte en aquella tertulia á que concurren personas profanas, que con su aspecto y conversaciones libres te contaminan, te escandalizan, y

dan con tu inocencia en un precipicio? Semejantes diversiones son realmente una sentina de culpas, y por tanto ilícitas al cristiano. Pero no basta esto: deben no ser peligrosas, porque escrito está que el que voluntariamente se pone en el peligro, perecerá en él. Jamás llegan los hombres a la demencia de poner en peligro la vida por adquirir alguna mayor robustez en el cuerpo; ni habrá enfermo tan inconsiderado que tome un vaso de medicina sabiendo que en tomarla puede padecer su vida peligro, mayormente si sabe que no hay necesidad alguna de tomar precisamente aquella medicina, sin que hay otras varias inocentes, con las cuales no peligran su salud. Así obran los hombres respecto de la vida temporal; ¿y seremos tan necios, que sigamos diversa conducta cuando se trata de la vida eterna? Por una diversión, momentánea y pasajera, ¿Será justo que se ponga ésta en peligro? ¿No es una necesidad criminal, habiendo tantas diversiones inocentes con que recrear el ánimo de las fatigas que te causan las precisas obligaciones de tu estado, elegir precisamente aquellas en que pones tu vida eterna en peligro? Examina tu conciencia, repasa tu vida, pregunta á tu misma experiencia qué fruto sacaste de tales y tales diversiones.

PUNTO SEGUNDO.—Considera los daños que nacen de las diversiones más comunes que se estilan en la sociedad, cuales son el juego y los festines de baile.

Ellos son, á la verdad, tantos en número, y tan considerables en la sustancia, que solamente la omisión que hay en considerarlos puede hacer que los hombres los ejerciten sin horror; porque ¿qué vicio falta donde llega á encenderse la pasión al juego? De luego á luego entra dominando la avaricia; ésta se apodera del corazón, y ahuyenta de él á la amistad, á la honestidad, á la decencia, al cuidado solícito de las obligaciones: ¿qué

más? Hace que el jugador traspase todas las leyes del amor que prescribe la naturaleza, y los derechos supremos debidos á la divinidad. Aunque al principio te sientes á la mesa de juego con indiferencia, con desinterés, y con intención determinada á no colocar tu atención sino en recrear el ánimo, dentro de poco advertirás que se va encendiendo el fuego de la avaricia y que consume aquellos racionales propósitos. Si reflexionas, verás que te complaces y diviertes con el daño de tu prójimo, que apeteces sus pérdidas y desgracias tanto como tu propia fortuna; y tras de esto te enfadas y enfureces cuando oyes las justas quejas; que naturalmente arrancan del corazón los remordimientos de su conciencia, proponiéndole una familia desolada por los excesos de su criminal diversión.

Igual juicio se debe hacer, sin peligro de engañarse mucho, de aquellas diversiones conocidas con el nombre de festines. ¡Dios inmortal, cuántos desórdenes, cuántos excesos, cuántas abominaciones y delitos en lo que se reputa por una diversión! ¿Acaso pretenderás engañarte diciendo que tú no vas allí por ningún fin torcido, y que la caridad te enseña que debes juzgar lo mismo de tu prójimo? Pero esto no es otra cosa que una ilusión especiosa con que sé procura dorar los excesos de las pasiones. Atiende si no á las obras de cada uno, y juzga después de los fines que pudieron proponerse antes de ejecutarlas. ¿No procura toda mujer presentarse con los adornos que más hagan resaltar su natural hermosura? ¿No se emplean con más, profusión caudales, tiempo, artificios, y cuanto tiene la naturaleza de precioso, para lograr este efecto? Los hombres, por su parte, ¿no se previenen solícitos de todos los atractivos que conocen pueden hacer impresión en los corazones débiles? Cada persona ¿no es un objeto de escándalo, que se tiene por inútil cuando no ha logrado enredar en sus lazos algunas de las almas que tuvieron la desgracia de asistir á tan

inicia asamblea? En vista de estos daños tan atroces, ¿podrá un cristiano aventurar en tales diversiones un alma que le costó á Jesucristo verter toda su sangre y morir en una cruz el redimirla?

JACULATORIAS

¡Oh altísimo y amabilísimo Dios mío! Mis complacencias y regocijos serán siempre en Ti, y en ensalzar tu santo nombre.—*Ps. 9.*

Movido, Señor, de tus justas amenazas, ni me senté ni me sentaré jamás á la mesa de los que consumen en juegos ilícitos el tiempo, destinado por Vos á labrar la corona de la bienaventuranza.—*Jeremías, 15.*

PROPÓSITOS

1. Las honestas y moderadas recreaciones no están prohibidas ni por el Evangelio ni por ninguna otra ley divina y humana. No hay teólogo tan severo que no admita la virtud llamada en la filosofía moral *eutropelia*, la cual conserva un medio entre la vida demasadamente triste y austera, y aquella que no es otra cosa que una continua sucesión de diversiones y alegrías; de manera que el oficio de esta virtud es arreglar las diversiones y recreos según las reglas de la honestidad y los dictámenes de la razón. Dios Nuestro Señor, que conoce perfectamente nuestra flaqueza, como que es una de las penas que impuso á la primera trasgresión, sabe que no somos capaces de estar siempre en un trabajo no interrumpido. Su misericordia se apiadó de nuestra miseria, concediéndonos algún tiempo para emplearle en desahogarnos del pasado trabajo, reparar las fuerzas perdidas y cobrar nuevo vigor para los ejercicios futuros. De aquí nace la consecuencia de que los honestos recreos nos son lícitos por la ley de la necesidad, que es

la suprema entre todas las leyes.

2. Pero de esto mismo se deduce también que el hombre ocioso, el que sigue continuamente los usos y costumbres del mundo, ya estando perpetuamente en una vergonzosa inacción, ó ya empleando su vida en juegos, festines y espectáculos, no puede lícitamente consumir tiempo alguno en divertirse, y, de consiguiente, cada diversión para éste, aunque ella por sí sea inocente, es pecaminosa.

3. Padres y madres de familia, que, no contentos con la ruina que causáis en vosotros mismos, y con descuidar de la educación ¿santa de vuestros hijos y criados, exponéis la inocencia y suerte de unas jóvenes inexpertas, conduciéndolas á los festines á que sean el cebo de las insolentes miradas, y á que, por su parte, sientan en el tierno pecho todo el fuego de la vanidad y de la concupiscencia, volved sobre vosotros mismos, y, ya que no tengáis piedad de vuestras almas, tenedla á lo menos de aquellas inocentes que perecen las más veces, no tanto por exceso de malicia como por defecto de instrucción y de experiencia. Todos los hijos se persuaden á que caminan seguros siguiendo los consejos y ejemplos de sus padres; por tanto, éstos serán responsables de sus vicios y deslices; las madres de familia habrán de dar cuenta á Dios, no sólo de los escándalos que ocasionaron con la vanidad propia, sino de los que causan sus hijas, de quienes son directoras y maestras.